

## **¿EXISTE EL HIPERCUENTO?: CHAUCER, UNA LEYENDA ANDALUZA Y LA HISTORIA DE *EL TESORO FATAL* (AT 763)**

**José Manuel Pedrosa**

Universidad de Alcalá

**Tesoros mal adquiridos no aprovechan  
*Proverbios 10:2***

Un libro muy reciente de Jordi Balló y Xavier Pérez, titulado *La semilla inmortal* y subtítulo *Los argumentos universales en el cine*<sup>1</sup>, defendía la tesis de que la mayor y mejor parte de los argumentos del cine universal se ajusta a veintinueve tipos de tramas argumentales básicas. Ésta no es sino una más, "la más nueva", de las propuestas de reducción y de sistematización de repertorios culturales de las muchas que han ensayado numerosos pensadores de este siglo, desde el folclorista ruso Vladimir Propp, definidor en 1928 de las célebres treinta y una posibles funciones que informan los cuentos maravillosos de todo el mundo, hasta los grandes formuladores del estructuralismo antropológico o del semiótico, como

---

<sup>1</sup> Madrid, Anagrama, 1997.

Claude Levi-Strauss o Julia Kristeva, cuyas teorías acerca de la inserción de todos los elementos culturales en una única y universal red de vinculaciones, o de todos los relatos posibles en un único y colosal hipertexto, vienen a ser expresiones radicales de este reduccionismo.

No es éste el momento para hacer una reflexión teórica sobre tan complejas cuestiones, aunque sí para proponer un recorrido práctico tras las huellas de un relato que quizá nunca pueda demostrarse que es un hipercuento, pero tampoco que no lo es. Porque para obtener una confirmación empírica de cualquiera de las dos posibilidades habría que partir de una muestra total y de un número gigantesco de pruebas de vinculación, positivas o negativas, con todos los relatos del mundo. Y también de una capacidad de reconocimiento y discriminación de motivos vinculados que sólo podría alcanzarse a partir de un análisis retrospectivo de esa muestra total de inalcanzable reunión. Si no es posible bajar el propio concepto de hipertexto del limbo de lo teórico al terreno de las formulaciones empíricas, difícilmente podremos demostrar que nuestra historia de *El tesoro fatal* es un hipercuento cuyas ramas tocan a otras ramas, “y éstas a su vez a otras”, de todo el bosque frondoso de los relatos del mundo. Lo que sí se puede anticipar, en esta introducción, es que la historia de *El tesoro fatal* que vamos a analizar queda por lo menos muy cerca de ser un hiper-relato, ya que parece haberse proyectado desde hace muchos siglos en muchas direcciones y haber fecundado, una y otra vez, mentalidades, supersticiones, miedos, creencias, relatos orales, obras literarias y hasta sucesos históricos reales, a veces muy parecidos, a veces muy diferentes, y, en ocasiones, hasta aparentemente opuestos entre sí. Cualidades todas ellas que abren a nuestra investigación horizontes tan atractivos como inquietantes.

### *1. El Cuento del vendedor de bulas de Chaucer.*

Uno de los más célebres relatos incluidos en *The Canterbury Tales* (*Los cuentos de Canterbury*), la magna colección de cuentos ingleses escritos por Geoffrey Chaucer a finales del siglo XIV, es, sin duda, el *Pardoner's Tale* o *Cuento del vendedor de bulas*. He aquí su resumen:

Hubo una vez en Flandes tres jóvenes de vida disoluta. Eran tan fanfarrones, que cuando supieron que la muerte tenía aterrorizada a la comarca, y que

estaba acabando con mucha gente, se dieron palabra de asistencia mutua y salieron a su encuentro. En el camino, un mendigo al que ofendieron les indicó un árbol donde encontrarían al temible personaje. Pero lo que encontraron fue un gran montón de oro. Decidieron que el más joven de ellos fuese a la ciudad vecina a por comida, mientras esperaban a la noche para acarrear el oro. En ausencia del joven, los otros dos pactaron matarlo cuando volviera. Pero a su vez, el joven tuvo la idea de envenenar la comida que traía consigo para que murieran sus cómplices y quedarse él con el tesoro. Sucedió, entonces, que fue acuchillado cuando regresó, pero sus asesinos también bebieron del vino envenenado y murieron. El cuento termina con las lamentaciones y admoniciones del narrador, el vendedor de bulas, sobre las nefastas consecuencias de la ambición humana.

## 2. *El tipo cuentístico universal AT 763.*

El cuento de Chaucer es, como toda la crítica se ha encargado ya de poner de manifiesto, una hermosa reelaboración literaria del extendidísimo cuento folclórico que Stith Thompson incluyó, con el número K1685, en su gran catálogo (de 1955-1958) de motivos folclóricos universales, y, que, años después, en 1981, el mismo Stith Thompson y Antti Aarne catalogaron como tipo número 763 de su monumental catálogo revisado de tipos cuentísticos. He aquí su resumen:

*Los hombres que encuentran un tesoro y se matan el uno al otro:* Dos (tres) hombres encuentran un tesoro. Uno de ellos echa veneno a escondidas en el vino del otro. Pero el otro le mata, bebe el vino y muere<sup>2</sup>.

Entre las versiones referenciadas en ambos catálogos no aparecía ninguna española ni hispanoamericana, aunque sí figuraban las

---

<sup>2</sup> Traduzco el resumen de Thompson, *Motif-Index of Folk Literature: a Classification of Narrative Elements in Folktales, Ballads, Myths, Fables, Mediaeval Romances, Exempla, Fabliaux, Jest-Books and Local Legends*, ed. rev. y aum., 6 vols., Bloomington & Indianapolis-Copenhague, Indiana University-Rosenkilde & Bagger, 1955-1958, núm. K1685. El resumen de Aarne y Thompson, en *The Types of the Folktale: a Classification and Bibliography* [FF Communications 184] 2ª revisión, Helsinki, Suomalainen Tiedekatemia-Academia Scientiarum Fennica, 1981, núm. 763, era ligeramente diferente: «Los hombres que encuentran un tesoro y se matan el uno al otro: dos cazadores encuentran un tesoro. Uno de ellos echa veneno en el vino del otro, pero el otro le mata, bebe el vino y muere».

procedentes de la tradición de Lituania, Laponia, Suecia, Dinamarca, Alemania, Irlanda, Italia, Chequia, Eslovenia, Rusia, India, China, Corea, Norteamérica, Brasil, África y diversos países árabes<sup>3</sup>. Aunque este elenco olvidase las (muy raras) versiones españolas que pronto vamos a comprobar que sí han existido, tan amplia distribución geográfica no puede ser, obviamente, más que señal inequívoca de la antigüedad y tradicionalidad extraordinarias de nuestro cuento.

### 3. Otras versiones y paralelos antiguos y modernos.

Pero no es sólo el *Cuento del vendedor de bulas* de Chaucer la única reelaboración literaria que se ha inspirado en este universal cuento folclórico. Otra importante obra que ha sido puesta en relación con nuestro tipo cuentístico AT 763 es el capítulo titulado «El *ankus* del rey» de *The Second Jungle Book (El segundo Libro de la Selva)*, publicado por Rudyard Kipling en 1895. Su resumen muestra, en efecto, coincidencias evidentes con AT 763:

Mowly, el niño de los lobos, es conducido hasta un tesoro olvidado que está guardado por una vieja cobra. Tras descubrir que el animal es viejo e inofensivo, Mowli coge un *ankus* (garfio para conducir elefantes) ornamentado con ricas joyas y se lo lleva como recuerdo. Pero como la cobra le advierte de que el *ankus* trae la muerte, Mowli lo tira. El objeto es entonces encontrado por otro hombre, y, por curiosidad, Mowli y la pantera Bagheera le siguen la pista. En seguida descubren el cadáver del hombre, y luego el de su asesino. Posteriormente, el de un cocinero que quiso apropiarse del *ankus*, y luego el de sus tres presuntos homicidas, muertos tras ingerir comida envenenada por el cocinero antes de su muerte. Entonces, Mowli devuelve el *ankus* a la cobra, tras comprobar la verdad de su advertencia<sup>4</sup>.

---

<sup>3</sup> A estas versiones se puede añadir ahora otra danesa publicada en Thomas Johansen, «Now We've Got It: Danish Treasure-Hunting Legends Seen from a Structural Point of View», *Folklore*, 102 (1991), pp. 220-234, p. 224.

<sup>4</sup> Traduzco el resumen del cuento de Kipling publicado por Jon Erickson en «Chaucer's *Pardoner's Tale* as Anti-Märchen», *Folklore*, 94:2 (1983), pp. 235-239, pp. 237-238.

Muchos han sido los estudiosos que han investigado otras fuentes y paralelos del cuento AT 763. Aparte de las obras de Thompson y de Aarne-Thompson, es justo reconocer el valor de la aportación de René Basset, el extraordinario estudioso de los cuentos árabes, que en fecha tan temprana como 1899 hizo un minuciosísimo y ejemplar análisis de sus numerosas fuentes y paralelos indios, persas, árabes, italianos, etc<sup>5</sup>. Algún otro crítico ha extendido convincentemente la comparación a diversos textos medievales europeos, especialmente a alguna obra teatral del gran *meistersinger* alemán Hans Sachs<sup>6</sup>. Pero, como en seguida podremos comprobar, la abundantísima documentación transhistórica y transcultural del motivo central de *El tesoro fatal* no refleja más que una pequeña parte de una difusión que, por la vía interpuesta de innumerables motivos periféricos y colaterales, va a revelar alcances y vínculos mucho más amplios.

#### 4. Adaptaciones españolas de los siglos XVI y XVII.

A la vista del enorme arraigo de nuestro cuento en tiempos y lugares tan diferentes, resulta sorprendente que haya sido hasta ahora prácticamente desconocido en la tradición hispánica. Me ha sido imposible localizar un texto catalán referenciado en el catálogo de Aarne-Thompson con el erróneo dato de «Amades No. 1691»<sup>7</sup>. Y las versiones

---

<sup>5</sup> Véase al respecto Basset, el relato de «Jesus et les pains», en su artículo «Contes et légendes arabes», *Revue des Traditions Populaires*, 14 (1899), pp. 438-442, pp. 438-440, núm. CCXXXVII.

<sup>6</sup> Otros estudiosos del cuento han sido, efectivamente, Walter Morris Hart, en «*The Pardoner's Tale and Der Dot im Stock*», *Modern Philology*, 9 (1911-1912), pp. 17-22, que realizó un análisis comparativo con una historia también similar de Sachs; Whitney Wells, «Un Unnoted analogue to the *Pardoner's Tale*», *Modern Philology*, 25 (1927-1928), pp. 163-164; y Erickson, «*Chaucer's Pardoner's Tale*». Éste último se centra en la discusión, mantenida por varios críticos, acerca de si el final infeliz del cuento de Chaucer es propio o no de un cuento o de otro tipo de narración folclórica. Su prospección no llega a conclusiones definitivas.

<sup>7</sup> La colección de Amades reúne 662 cuentos, por lo que la referencia de Aarne-Thompson está evidentemente equivocada. Intuyo que el error puede deberse a que en la página 691 (y no 1691) del libro de Amades aparece un cuento que tiene relación con el motivo K1811: «Dioses (o santos) se disfrazan para visitar a los mortales» que se contamina muchas veces, como en seguida veremos, con nuestro cuento AT 763.

antiguas que fueron minuciosamente relacionadas y estudiadas por el profesor José Fradejas Lebrero en un erudito artículo publicado en 1987 con el título de «*El tesoro fatal*»<sup>8</sup> no están originalmente escritas en español (sino que son probables traducciones o adaptaciones españolas del árabe y del italiano) ni son tradicionales, mientras que las folclóricas modernas a las que también alude el mismo profesor corresponden a motivos que sólo tienen relaciones de contaminación con el cuento AT 763.

Las versiones antiguas que relaciona el profesor Fradejas corresponden, en efecto, a un cuento indio, otro árabe de Abubéquer de Tortosa, varios latinos incluidos en *Exemplarios* medievales europeos anónimos, varias *novella* italianas, un cuento morisco aljamiado del siglo XVI que es una más que probable adaptación de un original árabe<sup>9</sup>, y un cuento traducido del italiano al español por Francisco Santos en el siglo XVII.

El resumen que el propio profesor Fradejas hizo de la leyenda morisca aljamiada (que puede considerarse, junto con el cuento de Santos, como el relativamente más «hispánico» de todos estos textos, porque al menos fueron traducidos o adaptados en época antigua al español), es representativo de esta rama de versiones «contaminadas» extrahispánicas o deudoras de tradiciones no hispánicas. Su antigüedad está avalada por el hecho de que René Basset referenciase, en su magnífico estudio, versiones budistas, persas, árabes o italianas medievales que incluyen también este tipo de motivos colaterales y que están protagonizadas por personajes sagrados como Gautama, Jesús o San Antonio:

«I. Un compañero de Jesús compra tres panes y se come uno. Jesús hace varios milagros: resucita el cordero que se han comido, pasan sobre un río sin mojarse, pero el compañero siempre niega haberse comido el pan.

II. Encuentran un tesoro. Hace Jesús el reparto en tres partes: para sí, para el compañero y para el que se comió el pan. Confiesa habérselo comido. Jesús le deja todo el tesoro y se aleja.

---

<sup>8</sup> Se publicó en el *Homenaje a Álvaro Galmés de Fuentes*, Madrid, Universidad de Oviedo-Gredos, 1987, t. III, pp. 471-483.

<sup>9</sup> La estrecha vinculación entre la leyenda morisca y la tradición árabe se aprecia perfectamente al leer, por ejemplo, el cuento árabe publicado por Basset en «*Contes et légendes*».

III. El compañero contrata tres ayudantes que, para quedarse el tesoro, le matan. Uno de los ayudantes se acerca a la ciudad para adquirir comida que envenena para deshacerse de sus cofrades, quienes han decidido matarle cuando regrese, como en efecto lo hacen. Comen los otros dos de las viandas envenenadas y mueren. El tesoro les ha sido fatal»<sup>10</sup>.

Aparte de la leyenda morisca aljamiada y «contaminada», la otra versión antigua escrita en castellano es la que incluyó Francisco Santos en *Los gigantes en Madrid* (1666). Pero, desde su inicio, queda claro que se trata de una simple traducción o adaptación de una historia anterior de procedencia seguramente italiana: «Cuenta el gran Panfilo, que en Italia avia tres vandoleros, robadores, y matadores...»<sup>11</sup>. El argumento que Santos tomó del tal Pánfilo (¿tendrá alguna relación con el nombre del personaje del *Decamerón* de Boccaccio que debió adquirir una connotación proverbial de «contador de historias»?) rehúye las digresiones y contaminaciones con otros motivos, y se centra escuetamente en el de *El tesoro fatal*, de un modo que inmediatamente nos recuerda al *Pardoner's Tale* de Chaucer:

Los tres bandoleros italianos encuentran un ermitaño que huye despavorido de un tesoro que ha encontrado. Obligado a mostrárselo, los delincuentes deciden repartírselo. Primero designan a uno de ellos para que vaya en busca de comida, y los otros dos planean matarlo a su regreso. Pero la supuesta víctima maquina también, con otro ladrón amigo suyo, envenenar la comida que llevará a sus compañeros. Tras dejar emboscado a su amigo en las cercanías, y reunirse con sus dos compañeros de correrías, el portador de la comida es apuñalado, pero los otros dos conspiradores mueren en seguida envenenados. Los lamentos del ermitaño, al descubrir los tres muertos, son escuchados por el ladrón que quedaba emboscado en las cercanías. Al tratar de llevarse el tesoro, es encontrado y ahorcado por la justicia.

En su estudio, cita el profesor Fradejas varias supuestas versiones, hispánicas y folclóricas, modernas del cuento: una publicada por

---

<sup>10</sup> Reproduzco el resumen de Fradejas, «El tesoro», p. 471.

<sup>11</sup> Francisco Santos, *Los gigantes en Madrid por defvera, y prodigioso entretenido. Festiva salida al Santo Christo del Pardo*, Madrid, Pablo de Val, 1666, pp. 142-146.

Aurelio de Llano en 1925, otras dos de Aurelio M. Espinosa aparecidas en 1946, y dos más puertorriqueñas editadas por éste último y por J. Alden Mason en 1922 y 1924. Sin embargo, ninguna de estas manifestaciones corresponde al argumento central de *El tesoro fatal* que informa las versiones puras del cuento AT 763, sino a los otros motivos introductorios que tenían una cierta relación de contigüidad o que se contaminaban con él en varias de las versiones antiguas: el motivo K1811, «Dioses (o santos) se disfrazan para visitar a los mortales»; el K402 (tipo 785), «El cordero (o asno) sin corazón: acusado de comer el corazón del cordero, el ladrón sostiene que no tenía corazón»; y el Q42.3, «La generosidad hacia el santo (o dios) disfrazado es recompensada». Pero, aunque todos estos motivos no se identifiquen con el central de *El tesoro fatal*, la recurrencia y estabilidad de su asociación, por ensartamiento y contaminación, refrenda una de las cualidades que desde el principio advertíamos: la de la sorprendente capacidad de adherencia e influencia de nuestro relato respecto a otros argumentos de carácter completamente diferente.

Además de a ésta, todo lo anterior nos lleva a otra—más provisional—conclusión: la de que el argumento central de *El tesoro fatal* (AT 763) sólo ha podido ser documentado en dos versiones en lengua hispánica, deudoras a su vez de tradiciones evidentemente foráneas: la aljamiada morisca del siglo XVI, que bebe posiblemente de una fuente árabe; y la de Francisco Santos del XVII, que debe adaptar un modelo italiano. ¿Debemos aceptar, entonces, que nuestro cuento nunca ha tenido un arraigo verdaderamente tradicional en nuestro país?

### 5. La leyenda folclórica de «El adarve de Priego»

No. La provisionalidad de la conclusión anterior va a quedar puesta enseguida de manifiesto. Y ello, gracias a que la tradición folclórica moderna es capaz todavía de desvelar textos de importancia tan singular como el que vamos ahora a conocer: un testimonio que no sólo se va a constituir en el más vivo, original y sorprendente de todos los españoles que hasta ahora se habían documentado, sino también en el único de carácter inequívocamente oral y tradicional.



En mayo de 1997, un hombre de 49 años me contó una curiosa leyenda que aprendió durante su infancia en su pueblo natal, Priego de Córdoba. Su relato evocaba un suceso que tuvo lugar, supuestamente, en tiempos de una guerra «de Marruecos» aparentemente identificada con la de finales del siglo XIX y comienzos del XX. El escenario de la leyenda fue el adarve o paseo elevado que recorría la parte superior de las murallas del castillo del pueblo y que, de resultados de los hechos descritos, muestra desde entonces «un boquete... que no es de piedra tosca, como todo el adarve»:

Esto se lo escuché a mi abuela cuando yo era un niño. En la parte vieja de Priego, haciendo unos agricultores una obra, porque había *reventao* una pared, pues se encontraron un pergamino. El pergamino, pues empezaron a darle vueltas, y no conseguían descifrar lo que ponía en el pergamino ni leerlo. Entonces se acordaron de que aquello podía ser árabe. Aprovechando que tenían un pariente en Marruecos, un pariente que se había ido al ejército; entonces, con un vecino que se incorporaba a filas, pues se lo mandaron para aprovechar el viaje. Entonces, el vecino metió la mano en el pergamino, a ver lo que llevaba el paquete; entonces se lo llevó a otro a que lo transcribiera, a que le dijera lo que decía. Y el que fue a leerlo sabía lo que decía; entonces, pues se dio cuenta de que era de un tesoro, pues se lo cambió por otro pergamino.

Entonces, a la vuelta, al poco tiempo, aparecieron allí [en Priego] un par de moros, y contrataron a otros dos que traen de unos pueblos de al *lao*, *pa* trabajar. Primero estuvieron allí un tiempo hasta que se fueron adaptando a las costumbres, hasta que se fueron adaptando a los demás para no levantar sospechas. Entonces, justo en el adarve, arrendaron una casa, una casilla que había, que servía para meter el *ganao* y para meter las cosas del huerto. El adarve es el paseo que recorría toda la parte superior de la muralla. Porque al estar en un tajo, al estar en una altura, está en un paseo *elevao*, que tiene unos quinientos metros. Entonces, buscaron a unos trabajadores *pa* trabajarles, y empezaron. Pidieron un permiso, y empezaron a hacer una cueva en el fondo del tajo, *pa* que sirviera *pa* meter al *ganao*.

Entonces ellos iban diciendo lo que tenían [escrito en el pergamino], lo que había, diciendo, bueno:

—Tal día, al tercer día, nos vamos a encontrar un candil.

Decían en su lengua, porque se creían que los otros no entendían. Pero había uno de los otros [trabajadores] que entendía la jerga que se traían. [Entonces] uno de los moros se fue a hacer unas gestiones. Y cuando [el otro moro que quedó] se dio cuenta de que los trabajadores

entendían lo que ellos decían, entonces se fue, y se quedó afuera, a ver. Y escuchó que los iban a matar los otros [trabajadores], cuando ya habían *encontrao* el candil, el esqueleto, el pico y el túnel, que los iban a matar *pa* ellos quedarse con el tesoro. Entonces el moro se fue y se puso en unos cerros que hay por ahí, enfrente del adarve, a ver lo que pasaba.

Entonces, los otros [trabajadores] empezaron a picar, empezaron a picar, cada uno por un lado, porque claro, cuando llegaron donde estaba lo que habían dicho, pues había varias galerías, y empezaron a picar. Pero como iban tan acelerados buscando el tesoro a ver quiénes se lo iban a llevar, porque ya habían *pensao* uno matar al otro para quedárselo el tesoro, pues claro, había allí una pared; y lo que hicieron fue que desplomaron, se derrumbó la cueva. Se derrumbó toda la cueva, se vino abajo, y el moro de enfrente lo vio.

Pero uno de ellos había ido a por agua, uno de los que estaban picando, había ido a por agua, a por la botija. Entonces, cuando vio que se cayó, pues del impacto se quedó medio loco, y iba contando a todo el mundo lo que había *pasao*, pero ninguno se lo creía. Menos el hortelano, que sí lo creía que ese tío decía la *verdá*, que no estaba loco. O sea, que murió al derrumbarse la pared un trabajador, porque el otro se había ido. Y el moro que quedaba se fue para su tierra, porque lo estaba viendo desde lejos. El tesoro no lo han *encontrao* ni *ná*. Y, sea *verdá* o sea mentira, lo que sí es verdad es que hay un boquete en el adarve que está de piedra, que no es de piedra tosca, como todo el adarve<sup>12</sup>.

Los naturales de Priego consideran esta leyenda como propia, entrañablemente unida a la historia de su pueblo, y explicadora, según ellos, de un rasgo típico del adarve de su pueblo («un boquete... que no es de piedra tosca...»), lo que la acerca al subgénero de las leyendas de fundación. Sin embargo, para nosotros no puede haber duda de que estamos ante un ejemplo típico, interesantísimo, y singularmente rico en detalles novelescos, de adaptación local—e «histórica»—del viejísimo y universal argumento folclórico de *El tesoro fatal* (AT 763).

Más adelante habrá ocasión de volver al argumento principal de este cuento. Pero ahora, y dado el valor único de esta leyenda cordobesa en el marco de la tradición hispánica, puede ser útil

---

<sup>12</sup> El informante Rafael Fernández López, de 49 años, me contó esta leyenda en dos recitaciones que registré en Alcalá de Henares en mayo de 1997. La versión editada suma elementos de ambas.

emprender una exploración de varios de sus motivos constitutivos, que nos van a llevar a tiempos, paisajes y conclusiones tan interesantes como inesperados.

Porque, como literatura tradicional que es esta leyenda de Priego, la tensión entre dinamismo y conservadurismo, entre memoria y evolución oral, ha conformado un relato que es al mismo tiempo herencia de una tradición anterior y documento único y de gran originalidad. Toda su introducción carece, en efecto, de paralelos en las demás tradiciones del cuento AT 763 que hemos repasado: el hallazgo del pergamino tras la pared, la indiscreción del pariente que lo lleva a transcribir, el robo del pergamino por el transcriptor... También algún motivo del final resulta muy novedoso: sobre todo, el del buscador del tesoro que, en vez de morir, se vuelve loco. Ahora bien: aunque sean éstos motivos específicos de la leyenda de Priego, es innegable que no sólo mantienen, sino que incluso refuerzan la coherencia argumental e ideológica de toda la leyenda: los engaños y robos de la introducción son un inmejorable preámbulo para los crímenes y desgracias del final, y la locura del superviviente constituye un castigo poco menos terrible que la muerte. Son, en cualquier caso, motivos extraordinariamente coherentes, como enseguida vamos a comprobar, con muchas creencias acerca de tesoros malditos que se han podido documentar en la tradición hispánica y universal.

### *5.1 El motivo de «El pergamino o libro del tesoro»*

El primero que podemos destacar es el motivo de *El pergamino o libro del tesoro*, que se inscribe en el marco de las creencias y leyendas que, a lo largo de los siglos, se han referido a libros, manuales, grimorios, gacetas, etc. para localizar tesoros. Algunos, como el célebre *Libro de San Cipriano* o *Ciprianillo*, han sido muy empleados y han estado muy difundidos hasta hoy mismo. De modo que, en ocasiones, han sido estos mismos libros los que se han convertido en materia folclórica esencial en la conformación de las leyendas de tesoros. Así por ejemplo, Maurizio Catani afirmó que «en procurarse, o en ver incluso, el libro de tesoros, el *Ciprianillo* u otros» podía residir la

clave del hallazgo de un tesoro en Las Hurdes de Extremadura<sup>13</sup>; y, en la siguiente leyenda gallega, se puede apreciar cómo el libro llega a desplazar del centro de atención al mismísimo tesoro:

Un viejo del lugar de Nine (ría de Arosa), que aún vivía hace algunos años, escapó para no ir a servir al rey, y caminando se encontró en un país desconocido. Pidió posada en una casa y se la dieron. En una ventana había muchos libros y se puso a leer en uno de ellos y encontró que decía que en el Monte do Castro había un gran tesoro en una piedra que tenía *rabo de gato, pata de mula y otros signos escritos*. Por la manera de hablar el libro, le pareció al hombre que era de la ría de Beluso, en la que está el Neixón, y cuando quiso robar el libro o arrancarle la hoja, vino corriendo una señora y le riñó por andar leyendo en aquellos libros, y resultó que aquella casa era de los moros. Ahora el hombre no hace más que lamentarse diciendo:

—Tuve en la mano mi felicidad<sup>14</sup>.

## 5.2 El motivo de «El origen extranjero (árabe) del libro o del buscador de tesoros»

Otro de los motivos fabulísticos que aparecía en la introducción de la leyenda de Priego, y que coincide con numerosísimas leyendas españolas, es el que atribuía un origen extranjero, concretamente «moro», al pergamino revelador o al personaje buscador del tesoro. Ya el padre Feijoo, a mediados del siglo XVIII, señaló que

si aquí se lo preguntamos à quien tenga noticia de este Libro, y crea sus ficciones; juzgo respondera, que un cautivo de Argèl, Tunez, ò

---

<sup>13</sup> Matani, «Aproximación a las creencias mágico-religiosas hurdanas», *Antropología cultural en Extremadura: Primeras Jornadas de Cultura Popular*, coords. J. Marcos Arévalo y S. Rodríguez Becerra, Mérida, Asamblea de Extremadura, 1989, pp. 811-833, p. 812.

<sup>14</sup> Vicente Risco, «Los tesoros legendarios de Galicia», *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, 6 (1950), pp. 185-213 y 403-429, pp. 208-209. Evito extenderme más sobre la cuestión de los libros de tesoros convertidos ellos mismos en materia folclórica porque ya lo he hecho de manera suficiente en el capítulo titulado «La tradición oral y la tradición culta» de mi artículo «El cuento de *El tesoro soñado* (AT1645) y el complejo leyendístico de *El becerro de oro*», *Estudios de Literatura Oral*, en prensa.

Marruecos, lo adquirió de el amo, de quien era esclavo, ò porque se lo hurtò, ò porque juzgando el amo imposible yà el usar de el en beneficio propio, se lo vendió por alguna cantidad de dinero, ò en fin, porque haviendole cobrado alguna singular aficion, se lo diò graciosamente al tiempo de su redempcion. Y los otros Paises diràn lo mismo de los Libros, que allà corren<sup>15</sup>.

El gran etnógrafo gallego Vicente Risco ha dedicado eruditas páginas a «las historias en que se habla de forasteros desconocidos que llegan de muy lejos en busca de tesoros. Son muchas veces extranjeros y, por lo común, operan ellos solos, en secreto, sin pedir ayuda de nadie...»<sup>16</sup>. Como ilustración concluyente del arraigo que este tipo de creencias sobre buscadores y libros de tesoros moros ha tenido en la tradición folclórica, baste entresacar de un hermoso artículo de Danielle Provansal sobre los tesoros legendarios de la provincia de Almería testimonios como los siguientes:

«Llegaron los moros a la Palmerosa: venían a buscar tesoros dejados por sus antepasados. Mostraron mapas en los cortijos donde habían obras de ellos...» «En el año 34, íbamos a la almadraba de Ceuta durante tres o cuatro meses en traña. Había un moño que nos habló de Cabo de Gata. Nos dijo: 'En un libro de mis abuelos, de los abuelos de mis padres que tengo yo, se habla de algunos cortijos de por allá' y dio un nombre, el cortijo del Nazareño. En el tranco de la puerta hay dinero en una horza metida. No voy porque me lo quitaría el gobierno... y en el rincón de la sala donde se come, también hay una horza...»

Aunque acaso el testimonio oral más interesante para nosotros de todos los reproducidos por Provansal sea el que al final alude a una maldición

---

<sup>15</sup> Padre Fray Benito Jerónimo Feijoo, «Carta Segunda. De la Vana, y perniciosa aplicacion a buscar Thesoros escondidos», *Cartas eruditas y curiosas*, 5 vols., Madrid, Herederos de Francisco del Hierro, 1742-1760, vol. III, pp. 11-22, p. 13.

<sup>16</sup> Risco, «Los tesoros» p. 203. Una de estas leyendas —de la que Risco advierte (en p. 207) que «es tan común, que los ejemplos podrían multiplicarse hasta donde se quisiera»— habla de «un soldado de Villamarín, que estuvo prisionero de los rifefios, en África, [y que] volvió contando que uno de ellos, al saber que era de cerca del castro Morgadán, le dijera: —De lo mucho que hay allí me contentaba yo con la silla del Rey Moro».

del tesoro que parece tener alguna vinculación adicional con el cuento-leyenda que está ocupando nuestra atención:

«Había dos jóvenes allí... Eran moros, moros de verdad y en aquel tiempo no se veían moros, y aquellos vinieron al cortijo del Pino. Traían unos papeles de los abuelos, de los tarabuelos, de cuando fueren, que eran moros de aquí de España y traen ahí unos papeles... Venía en los papeles: 'cerrá del Cortijo del Pino, barranco sin salida...' Llegamos al barranco sin salida... hay allí una cerrá altísima, un cortado de cerro y tiene la punta arriba... Es como una lápida... y tiene la lápida, donde arriba tiene escrito a molde, a puntero, pero de medio abajo, aquello, sí lo entendía yo y no se me olvida: 'maldecidas son las manos que a mí me tocan', cortijo del Pino indicado por otros españoles de aquí»<sup>17</sup>.

### 5.3 El motivo de «El buscador de tesoros enloquecido»

El curioso motivo del buscador enloquecido que aparecía al final de la leyenda de Priego tampoco es completamente desconocido en otras tradiciones:

La culebra –algunas veces un dragón– es el guardián habitual de los tesoros [...] Sólo hemos encontrado un caso en que se diga que es el demonio, pero el informante es un ciprianista que se volvió loco buscando tesoros, y que nos dijo: «En Granada sí que los hay, pero no los pueden desencantar, porque el demonio aparece en forma de bicha, y como los andaluces les tienen tanto miedo, para desencantarlos tiene que ir un gallego allá...»<sup>18</sup>.

Una leyenda de la Isla Grande de Chiloé, en el sur de Chile, que me fue contada por una persona que había trabajado allí como veterinario, afirma que los pescadores que respetan las riquezas del mar son recompensados, mientras que los que no las respetan, se vuelven tontos:

Me contó esta historia gente en Pumillagüe (Chile), que es un lugar que no figura en el mapa, y que está en la Isla Grande de Chiloé, en la

---

<sup>17</sup> Danielle Provansal, «Tesoros y apariciones: la prohibición de la riqueza», *Demófilo: Revista de Cultura Tradicional de Andalucía*, 15 (1995), [Estudios de Antropología y Folclore en Almería] pp. 37-61, pp. 56-57.

<sup>18</sup> Risco, «Los tesoros», p. 415.

región de Ancud, cuando yo estaba allí hacia 1975. Me la contó un chilote de unos veintiséis años, cuando paseábamos por una playa. Me dijo que en aquella playa fue donde él vio a la Pincoya, que era una mujer de una cabellera rubia, desnuda, que salía del mar. Y él la vio y se sintió inmediatamente culpabilizado, porque aparecía cuando uno pescaba demasiado y sacaba mucho marisco; y, en ese caso, el hombre que la ve queda *dundo*, o sea, tonto. En cambio, si la Pincoya encuentra un hombre que haya respetado las riquezas del mar, lo embelesa, lo deja en un estado de ensimismamiento, y comienza a danzar, a marear delante de él, y le deja en un estado de placer<sup>19</sup>.

Una hermosísima versión contada por los lapones del grupo same del cuento AT 1645A (*El sueño del tesoro comprado*) pone mucho énfasis sobre la locura que se abatirá como castigo sobre el ladrón de tesoros que no quiera compartir su botín:

Tres hombres pretenden alcanzar el Polo Norte, pero son detenidos por el hielo. Cuando el viento empezó a soplar, en el hielo se abrieron huecos, lo que les permitió llegar al mar abierto, donde se dieron cuenta de que habían llegado a la costa de Rusia. Así que volvieron a casa. Durante el viaje, se echaron a dormir, y uno de los hombres soñó que había dinero escondido cerca. Otro hombre estaba despierto, y vio algo que parecía un abejorro saliendo de la nariz del durmiente y volando hacia el bosque. Lo siguió de cerca. El abejorro se quedó un rato en el bosque y luego volvió y entró por los agujeros de la nariz del durmiente. Por la mañana se levantaron, y el hombre dijo a sus compañeros:

—He soñado que había un montón de monedas de oro en el bosque.

El otro hombre no dijo nada. Llegó la hora de partir.

Entonces, el hombre que había observado al abejorro, dijo:

—Yo no me voy todavía de aquí. Vosotros podéis continuar, pero yo no me quiero ir hoy.

Cuando los otros se fueron, él fue al bosque y empezó a cavar en el lugar donde había visto a la abeja. Encontró un montón de monedas y de objetos de plata, tantos que alcanzaban un peso considerable. Caminó

---

<sup>19</sup> El informante, Marcelo Aguayo, de 45 años, nacido en Santiago de Chile, fue entrevistado por mí en Montreal (Canadá) el día 8 de octubre de 1997. Otra versión de esta leyenda, redactada por él mismo, está editada en *Literatura tradicional sin fronteras: el repertorio multicultural de Montreal (recueilli dans le cadre du Séminaire «Littérature et folklore»*), ed. J. M. Pedrosa, Montreal, [edición propia], 1997, p. 20.

todo el día. Después, se echó a dormir. Soñó que un hombre venía adonde estaba él y le decía:

—Has hecho mal en no decirle esto al hombre de cuya nariz viste que salía la abeja. Debes darle a él una parte del dinero. Si no lo haces, terminarás muy mal.

Él se levantó, y pensó:

—Yo no puedo ni pensar en darle a él una parte del dinero.

Otra vez caminó durante largo tiempo, y cuando oscureció, se echó a dormir. De nuevo el hombre se le apareció en sueños y le dijo:

—Deberías dar la mitad a tu compañero, porque lo que viste era la fortuna de aquel hombre.

Cuando él regresó a casa, le dijo a aquel hombre lo que había visto, y por qué se había quedado detrás, y le dio la mitad del tesoro. Fue a dormir otra vez aquella noche, y soñó que una vieja llegaba hasta él y le decía:

—Si no le hubieras dado al otro la mitad del tesoro, te hubieras vuelto idiota y habrías arruinado tu vida<sup>20</sup>.

En la célebre película *The mummy* (*La momia*) dirigida en 1959 por Terence Fisher, y protagonizada por Peter Cushing y Christopher Lee, se narraba, por otro lado, la historia de un viejo egiptólogo británico que, en compañía de su hermano y de su hijo, y tras ardua búsqueda, localizaba la riquísima tumba de una antigua princesa-diosa egipcia. En la tumba se escondía también el «papiro de la vida», que contenía viejas fórmulas capaces de preservar la vida durante siglos. El castigo por transgredir la prohibición de perturbar el descanso y de apoderarse de los secretos y riquezas de la tumba fue terrible: en primer lugar, la locura del descubridor; y, después, su muerte en el manicomio, adonde llega a perseguirle la momia encargada de vengar el sacrilegio, tras revivir gracias a las fórmulas mágicas del «papiro de la vida».

¿Quién no recuerda, por otro lado, al Lope de Aguirre cada día más enloquecido en su imposible búsqueda de Eldorado? ¿O al inolvidable Ben Gunn, el pirata de *The treasure island* (*La isla del tesoro*) (1883) de Robert Louis Stevenson, que se vuelve loco durante los largos años que pasa como custodio del funesto tesoro del capitán Flint?

---

<sup>20</sup> Traduzco de Bengt G. Alver, «Concepts of the soul in Norwegian tradition», *Nordic Folklore: Recent Studies*, eds. R. Kvideland y H. K. Sehmsdorf, Bloomington-Indianapolis, Indiana University Press, 1989, pp. 110-127, p. 124-125.



#### 5.4 El motivo de «*El hallazgo en colaboración*»

La última leyenda lapona que hemos analizado nos conduce casi automáticamente a uno de los más significativos ingredientes de todos los que se aglutinan en el complejo de cuentos y de leyendas que estamos conociendo. Porque señala con absoluta claridad hacia las cruciales claves ideológicas de *El hallazgo en colaboración* y de *La necesidad de un reparto solidario* como indispensables para que un tesoro no se convierta en funesto.

En otro estudio mío titulado «El cuento de *El tesoro soñado* (AT 1645) y el complejo leyendístico de *El becerro de oro*»<sup>21</sup>, analicé un tipo de cuentos sobre tesoros que al final eran felizmente localizados y disfrutados gracias a la colaboración necesaria y a su reparto solidario entre varias personas. Cuando, en vez de la solidaridad, se imponían las relaciones de rivalidad, el resultado era siempre el mismo: la pérdida del tesoro, acompañado por lo general de desgracias y muertes de sus pretendientes y poseedores.

Entre los numerosos motivos y tipos cuentísticos universales en los que subyacía la prescripción de la colaboración necesaria, había dos que ahora podrían servir de ilustración: el motivo núm. H588.7 (tipo AT 910E), sobre el padre que encarga a sus hijos que caven en un campo para poder encontrar un tesoro, hasta que éstos acaban dándose cuenta de que su actividad ha hecho cultivable y fructífero el terreno, que de ese modo les ofrece un inesperado tesoro en forma de viñas cultivadas<sup>22</sup>; y el motivo núm. N531.2, que trata de «un sueño [que] trae un tesoro: el cultivo de viñas con el vecino. Un tesoro es encontrado en el nuevo viñedo».

Mi estudio del cuento AT 1645 terminaba con un comentario que resulta plenamente válido en esta etapa del análisis del cuento AT 763:

En el trasfondo colectivo de estas fábulas, existe un sutil mensaje moralizante, endoculturador y socializador: el de que la prosperidad sólo puede alcanzarse mediante el trabajo en común y la construcción

---

<sup>21</sup> En prensa en la revista *Estudios de Literatura Oral*.

<sup>22</sup> Véase además, sobre este cuento, Maxime Chevalier, *Cuentos folklóricos españoles del Siglo de Oro*, Barcelona, Crítica, 1983, núm. 62.

de redes de relación y de solidaridad social, de forma que, al final, sea la propia conjunción de esfuerzos humanos la que puede acabar revelándose como el más inapreciable de los tesoros. Nos hallamos, en definitiva, ante la validación, en el campo de la cuentística y de la leyendística, del viejo y universal lema de que «la unión hace la fuerza».

Se podría ahora añadir que nuestro cuento AT 763, el de *El tesoro fatal*, es, en realidad, una especie de reflejo inverso del cuento AT 1645, el de *El tesoro soñado*. Con un argumento exactamente contrario, que muestra el dominio de la insolidaridad, pero que sirve para realzar unas enseñanzas y un mensaje ideológico a fin de cuentas coincidentes: los de la colaboración necesaria en la conquista de cualquier bien humano; y los del castigo que se reserva a quien pretenda apropiarse egoístamente de bienes que no le corresponden.

Esta sorprendente capacidad de conciliación de elementos contrarios, esta complicidad de fondo entre motivos no sólo distintos, sino incluso inversos, nos permite apreciar cada vez mejor, antes de pasar a otro epígrafe, la inquietante capacidad –anunciada al principio– de *El tesoro fatal* de vincularse con «relatos orales y obras literarias a veces muy parecidas, a veces muy diferentes, y, en ocasiones, incluso aparentemente opuestas entre sí».

### 5.5 «Las nueve revelaciones»

Podrá aclararnos aún más este extremo el análisis de *Las nueve revelaciones*, título de la traducción española de la novela *The Celestine Prophecy*, publicada por James Redfield en 1993. Las casi cuatrocientas páginas de esta obra, que ha conocido una amplísima difusión internacional, narran un argumento muy diferente, ambientado en la selva amazónica, de cualquiera de los que nos han ocupado hasta ahora. Y sin embargo, si la leemos fijándonos más en su fondo que en su forma, no nos será demasiado difícil ir desgranando una sucesión de motivos sorprendentemente parecidos no ya a uno, sino a muchos de los que hasta aquí hemos analizado: el del manuscrito prodigioso, el del origen extranjero de los buscadores del tesoro, el de las muertes fatales que la búsqueda provoca, o el de la solidaridad necesaria para encontrarlo. Incluso el final feliz, al que se ha llegado gracias al sacrificio de algunos

de los buscadores y a la unión de los restantes, ilustra a la perfección la complementariedad de los dos polos ideológicos entre los que se distribuyen el resto de las historias analizadas. A falta de espacio para entrar en mayores detalles de la novela, el breve resumen de la contraportada será suficiente para comprobarlo:

Al principio sólo era un pequeño volumen que su autor, James Redfield, publicó por su cuenta y riesgo. Pero muy pronto alguien leyó el texto y empezó a hablar de *Las nueve revelaciones* como el libro que cambiaría nuestra visión del mundo. El entusiasmo creció, y hoy por hoy esta magnífica aventura se ha convertido en un auténtico *bestseller*. La historia que Redfield nos cuenta habla de un antiguo manuscrito escondido en la selva peruana que guarda en sus páginas nueve revelaciones vitales para comprender el presente y poder enfrentarnos mejor al reto que para todos supone el fin del milenio. La búsqueda del texto perdido supone un gran esfuerzo no exento de riesgos, y el temerario viaje hacia la nueva doctrina se cobrará un alto precio en víctimas, pero la tenacidad de un pequeño grupo de sabios aventureros pondrá por fin en manos de todos estas *Nueve revelaciones*, las claves de un mensaje simple y directo que apunta a la espiritualidad del ser humano y puede abrir un nuevo capítulo en nuestras vidas<sup>23</sup>.

## 6. El ¿hiper-relato? de «*El tesoro maldito*»

Ya hemos empezado a comprobar cómo el motivo narrativo central de *El tesoro maldito* y todos los motivos periféricos que hemos seleccionado —con ánimo de representatividad más que de exhaustividad— se engastaban dentro de redes textuales multidireccionales, cuyo rico juego de similitudes, de conexiones, de reflejos, y hasta de diferencias e inversiones, confluyó al final en una compacta unidad ideológica. Queda ahora por dar un paso más en el discernimiento de si el motivo central de *El tesoro maldito* que está en el núcleo de todos estos relatos es capaz también de desprenderse de su misma letra, de su pura contingencia y adherencias textuales, y funcionar como simple potencialidad ideológica, como paradigma situado por encima de los textos, como modelo cultural

---

<sup>23</sup> Contraportada de James Redfield, *Las Nueve Revelaciones: The Celestine Prophecy*, trad. J. Gubern, Barcelona, Ediciones B, 1997.

universal. Acaso sea posible, si rastreamos con éxito su operatividad ideológica en historias no tan apegadas, al menos a primera vista, a su puro corazón argumental, localizadas en muchas más épocas, en muchos más lugares y en muchas más etapas históricas de la cultura y de la historia humana (incluida la más actual y próxima a nosotros), concluir que estamos frente a algo que se acerca por lo menos a la condición de potentísimo hiper-relato.

En principio, la localización de nuevas ramas de este tronco no parece demasiado difícil. Porque, ¿cuántos *tesoros malditos* cuyo conocimiento, apropiación o posesión egoísta e insolidaria tienen efectos funestos para sus poseedores, pueblan desde tiempos remotos los mitos, las leyendas, la literatura, el teatro, el cine e incluso las páginas de sucesos de los periódicos?

Pensemos, volviendo la mirada atrás, en el fruto prohibido del paraíso judeo-cristiano-musulmán, cuya apropiación fue causa de la condenación de Adán, de Eva y de todos sus descendientes. O en el becerro de oro que provocó la cólera de Yaveh y de Moisés, además del sacrificio expiatorio de tres mil judíos que de ese modo pagaron el abandono de Dios en favor de un oro que les resultó funesto. Pensemos también en el ciervo de oro cuya temeraria persecución por parte de Rama facilitó el catastrófico rapto de su esposa, Sita, en uno de los episodios esenciales del colosal *Ramayana* indio. En la maldición que se abatió sobre el rey Midas de las leyendas grecolatinas cuando el oro en que se convertía todo lo que tocaba pasó a ser sinónimo de muerte. O en las amenazas de maldición a los ladrones de tesoros funerarios inscritas en antiguas tumbas de Mesopotamia, Siria, Fenicia, Palestina, Transjordania, Tracia, Galia y África<sup>24</sup>; maldiciones revividas una y otra vez, hasta el mismo siglo XX, en tradiciones referidas, por ejemplo, a los tesoros de la tumba de Tutankhamon o al célebre diamante Hope, supuestos provocadores de la muerte de sus sucesivos poseedores.

Pensemos también en el tesoro de los Nibelungos, causante de horribles muertes, entre ellas, al final del cantar épico alemán del siglo XIII, las de los tres últimos supervivientes de la tragedia: Gunter, Hagen y Krimilda, asesinada ésta última por un súbdito incapaz de soportar la visión de su

---

<sup>24</sup> Véase al respecto André Parrot, *Malédiction et Violations de Tombes*, París, Librairie Orientaliste Paul Geuthner, 1939.

funesta ambición. Quizá se pudiera pensar que, al traer a colación historias y relatos a primera vista tan disímiles, estemos forzando demasiado –para intentar confirmar nuestros presupuestos– sus propios límites. Pero téngase en cuenta que un mitógrafo tan ponderado y tan erudito como Georges Dumézil parecía presuponer también la operatividad del motivo de *El tesoro fatal* en las secuelas de destrucción y de muerte que provocó el tesoro de los Nibelungos y en las que, por ejemplo, se atribuyen a la funesta ansiedad por el oro y a la legendaria espada que viejísimas leyendas consideran responsables de la perdición de Atila:

[Atila] amaba el oro por el oro –tal era cuando menos el sentimiento de la mayoría de sus vecinos– y también, bárbaro astuto, lo usaba –¡ya!– como un arma económica, desorganizando con tributos y chantajes incesantes las finanzas de las provincias y de los imperios relativamente ricos que intentaban evadir los golpes. No es pues sorprendente que, en los recuerdos diversamente novelados que Europa guardó de él, los tesoros ocupen buen lugar; y no solamente los tesoros en general, sino –dado que fracasó a fin de cuentas– tesoros cargados de destino, tesoros que vengaban a los reyes matados y las naciones destruidas [...] El tesoro de los *Niflungar* [Nibelungos] se le ha escapado a Atli y la tentativa que hizo por apoderarse de él lo precipitó en la muerte; la espada del Marte de los escitas, travestida en talismán real, se impuso a Atila y lo empujó a la derrota<sup>25</sup>.

Continuemos recordando la tenebrosa historia medieval recreada por Umberto Eco en *Il nome della rosa* (*El nombre de la rosa*) (1980), en que la posesión de un tesoro intelectual –unpreciado libro maldito– causa un goteo continuo de muertes entre los monjes que se lo disputan. Pensemos también en la terrible historia de *El tesoro de Rampsinito*, una de las más tétricas de la recopilación de cuentos medievales y renacentistas conocida como *Los Siete Sabios de Roma*, en que todos los personajes van pereciendo víctimas de su ansia por hacerse con el tesoro. En el asesinato de Celestina por negar elpreciado botín de la cadena de oro (y de otros regalos) de Calisto a los rufianes Pármeno y Sempronio, que acaban siendo a su vez degollados por la justicia. O en los versos del

---

<sup>25</sup> Dumézil, *Escitas y osetas: mitología y sociedad*, trad. J. Almela, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, pp. 73-79.

*Doctrinal de Privados* en que Íñigo López de Mendoza, Marqués de Santillana, hacía estas graves advertencias:

- 1      Vi thesoros ayuntados  
         por grand daño de su dueño...
- 25     ¡O fambre de oro ravisosa!,  
         ¿quáles son los coraçones  
         humanos que tú perdones  
         en esta vida engañosa?  
         Aunque farta, querellosa
- 30     eres en todos estados,  
         non menos a los passados  
         que a los presentes dañosa.
- ¿Qué se fizo la moneda  
         que guardé para mis daños
- 35     tantos tienpos, tantos años:  
         plata, joyas, oro e seda?  
         Ca de todo no me queda  
         sinon este cadahalso.  
         Mundo falso, mundo falso,
- 40     no es quién contigo pueda.

Pensemos también en el mito de Eldorado, que tanta ruina y tan poca fortuna dejó entre sus perseguidores. O, una vez más, en el tesoro del capitán Flint de *La isla del tesoro* de Stevenson, cuyos sanguinarios piratas van muriendo uno tras otro con la ambición puesta en un tesoro que al final no será para ninguno de ellos. Y, ya que nos ocupamos de una novela de aventuras que ha sido tantas veces llevada a la pantalla, ¿cuántos argumentos cinematográficos, protagonizados por piratas, por vaqueros o por mafiosos, han actualizado una y otra vez este mismo argumento? Recuérdese, por ejemplo, la célebre película *Touchez pas au grisbi* (1954), de Jacques Becker, adaptación de un relato de Albert Simonin, y protagonizada por Jeanne Moreau y por Jean Gabin en un marco de sangrientas disputas por un botín entre varias bandas de mafiosos que van muriendo de forma atroz hasta que el propio tesoro resulta destruido por la brutalidad de quienes se lo disputan. O, por poner un ejemplo reciente entre muchos posibles, la película norteamericana *Men in Black*

(*Hombres de negro*) (1996), de Barry Sonnenfeld, cuyo argumento está basado en las continuas muertes de seres humanos y extraterrestres que se disputan el concentrado tesoro galáctico que se encierra en el collar de un gato.

Pensemos también en la enorme cantidad de cuentos, de leyendas y de fábulas universales en que un ser humano vende su alma al diablo y se condena eternamente a cambio de un tesoro material (como sucede en el universal cuento de *La hija del diablo* = AT 313), o de un tesoro intelectual (como sería, a fin de cuentas, el ansia de saber que arrastra a Fausto). Los nativos de Tzintzuntzan, en Michoacán (México) cuentan de sanguinarios

generales revolucionarios que, para preservar sus ilícitas ganancias, asesinaban a uno o varios soldados y enterraban sus cadáveres al lado del tesoro para eliminar testigos y obtener fantasmas que guardasen el botín de los buscadores de tesoros. Por eso, en algunas historias, los buscadores sienten terror antes de que puedan tomar posesión de su hallazgo. Incluso hasta cuando no hay fantasmas, el tesoro descubierto resulta peligroso, porque se cree que su plata desprende una pestilencia mortal que debe disiparse antes de que su envoltorio sea violado<sup>26</sup>.

En cierta ocasión, una anciana nacida en una perdida aldea del norte de Perú me dio a mí mismo una información muy parecida a ésta: en su tierra, según ella, los tesoros enterrados estaban *empactados* con el diablo, y por eso el «antimonio de la plata» que desprendían envenenaba a quienes lo encontraban: «se morían... por que absorbían eso que estaba enterrado tantos años». Una de las ideas que esta sencilla mujer tenía más claras era que la muerte aguardaba a quienes se dedican a desenterrar tesoros, y que el destino de los mineros era el de perecer junto a los minerales preciosos que intentaban robar de la tierra<sup>27</sup>.

---

<sup>26</sup> Traduzco de George M. Foster, «Treasure tales, and the image of the static economy in a Mexican peasant community», *Journal of American Folklore*, 77:303 (1964), pp. 39-44, p. 39.

<sup>27</sup> La informante Flor de María Vidaurre, de 74 años, nacida en una aldea del distrito de Mórrobe (departamento de Lambayeque), Perú, fue entrevistada por Isabel Barahona y por mí en Montreal el día 10 de octubre de 1997. Su testimonio está editado en *Literatura tradicional sin fronteras*, p. 28.

En diversos estados del sur de los Estados Unidos, especialmente en el de Louisiana, gozan de enorme arraigo las leyendas acerca de tesoros disputados por indios, españoles, franceses y angloamericanos. La gran mayoría de ellos se revelan como fatales para todos sus perseguidores, que suelen acabar muertos de forma violenta. Pero, por lo general, son los indios quienes devuelven los tesoros a las entrañas de la tierra, lo que refuerza moral y simbólicamente sus derechos sobre sus antiguos territorios:

En Missouri, «los ocupantes españoles mataron a dos indios y escaparon de la venganza de los pieles rojas refugiándose en una cueva [Gentry Cave]». Cargados de oro y plata, apenas tuvieron tiempo de cubrir el terro cuando los indios cayeron sobre ellos y los mataron a todos. Según otra historia de Missouri, «un grupo de mineros españoles que pasaban cerca del área que después sería conocida como Bear Hollow, fueron atacados por los indios. Muchos fueron muertos, y la mayoría de sus animales de carga fueron también muertos o dispersados. Los supervivientes enterraron a sus compañeros caídos cerca de donde habían muerto, y como no tenían suficientes animales para continuar su viaje con todo el oro, decidieron enterrar la mayoría [...] Muy a menudo, el tesoro de los españoles es robado por los indios que los atacan y ponen en fuga o asesinan. En la tradición de los ozarks, «la historia del tesoro de la Montaña de Boston comienza cuando los indios atacaron a una partida de españoles y robaron oro, plata y joyas valoradas en 200.000 dólares». Una leyenda de Missouri asegura que «se dice que los indios fueron hechos prisioneros por una partida de españoles. [...] Se rebelaron contra sus captores, los mataron y enterraron el tesoro». Un acontecimiento particularmente llamativo tuvo lugar cuando los mineros españoles encontraron una mina de plata india y forzaron a los indios a trabajar para ellos. Los indios se rebelaron y mataron a muchos españoles. Los restantes «encontraron refugio en la cueva donde había sido localizada la vena de plata [...] Los indios cegaron la entrada y quemaron vivos a los españoles. Todos ellos encontraron allí la muerte, entre llamadas de los unos a los otros en la oscuridad. Años después, personas que se aventuraron a entrar en la cueva todavía oían los gritos mortales de los conquistadores». A veces, los españoles eran atacados por grupos que no eran indios. Una leyenda dice que «una expedición de ocho españoles que viajaban entre Ysleta Pueblo y San Luis, Missouri, con una carga de oro y plata, encontraron una partida de franceses y americanos, y creyendo que el tesoro les sería arrebatado, lo enterraron y escondieron apresuradamente en una cueva». Se cree que todos los españoles fueron asesinados, lo que explica por qué



nunca fue recuperado el tesoro. [...] Los franceses aparecen en muy pocos textos. Hay una historia que dice que los franceses subían por el curso del río Missouri «para obtener oro de los comerciantes de las tierras salvajes». Atacados por los indios, decidieron que «era necesario despojarse de la mayor carga posible. Durante la noche enterraron la carga de oro y de otras cosas de valor que no eran capaces de transportar». Pero tres de los cuatro hombres perecieron; su tesoro no fue nunca recuperado. [...] En algunas historias, los indios revelan la localización de minas y de otros tesoros a los españoles o a los anglos. Pero el modo más común de hacerse con un tesoro es, desde luego, mediante la fuerza. Los españoles dominan a los indios y les arrancan sus tesoros; los franceses los roban de los españoles; los indios atacan y matan a los españoles y entierran el tesoro; los anglos desposeen a los indios de su tierra y buscan los tesoros. A la luz de tantas violentas disputas por la posesión de un tesoro, resulta irónico que, en estas leyendas, el bien tanpreciado sea al final perdido por todos sus perseguidores, y escondido para siempre por el último grupo poseedor. Si el tesoro tiene la forma de bienes transportables, se entierra en una cueva; si es una mina, su entrada es cegada y camuflada. En ambos casos, el agua es muchas veces desviada hacia ese lugar para disimular su localización. Puesto que los dueños son asesinados o dispersados tras enterrar su tesoro, su localización quedará para siempre como un misterio. Incluso cuando se llega a conocer el lugar donde está el tesoro, su recuperación es impedida por inundaciones, lagunas de memoria, informaciones insuficientes de los mapas o cartas, o cambios de paisaje debidos a causas naturales, como corrimientos de tierras o terremotos. El hecho de que el tesoro se quede para siempre en la tierra sugiere que, ya sea en forma de mina, de filón o de metal precioso procesado en forma de lingote, de monedas o de joyas, el tesoro representa la riqueza natural de la tierra, y, por eso, puede ser interpretado como el símbolo de la tierra en sí mismo. [...] Los indios devuelven muchas veces el tesoro a la tierra robándoselo a los españoles, a los franceses, o, a veces, a los anglos, antes de enterrarlo. Al hacerlo así, los indios demuestran una clara superioridad moral y resultan señalados, por ello, como el grupo más merecedor de poseer para siempre ese tesoro, es decir, la tierra<sup>28</sup>.

Una leyenda chilena cuenta que el *Tesoro de Sir Francis Drake*, oculto en una cueva, está protegido por «un chivato monstruoso y de fuerzas

---

<sup>28</sup> Traduzco de Barbara Allen y Lynwood Montell, «Lost Treasure Legends of the Old Louisiana Territory», *Fabula*, 29 (1988), pp. 290-301, pp. 295-296 y 298-300.

hercúleas, que por las noches salía de ella para atrapar a cuantos por ahí pasaban y dentro de ella los distorsionaba»<sup>29</sup>. También en Chile hay otra leyenda sobre un tesoro escondido relacionada de forma múltiple y muy curiosa con la muerte:

*El tesoro de la mula* fue ocultado en una gigantesca cueva por peruanos que pretendieron salvarlo de los conquistadores españoles. Aunque lograron poner a salvo el tesoro, que dejaron bajo la custodia de un sacerdote mercedario y de su mula, eso no impidió que al regresar a Perú, fueran exterminados por los invasores. Al morir el sacerdote, él y su mula se convirtieron en una piedra de forma bien reconocible. «Los trabajadores tienen a La Piedra del Cura como reloj para sus faenas agrícolas; cuando llega el sol a los pies del sacerdote, matemáticamente son las seis de la tarde y por nada nadie trabaja más, porque laborar después de esta hora lo consideran como una maldición y los que se han restado a este mandato, si no mueren antes del año, sufren una serie de calamidades que les impide desarrollar actividades gran parte de su vidas»<sup>30</sup>.

Una curiosa leyenda de Guadalajara habla de un padre que escondió un tesoro para que, a su muerte, lo disfrutase su hija. Su ambicioso hermano, sabedor de ello, lo robó y lo escondió en un pozo. Pero al ir a

---

<sup>29</sup> Oreste Plath, *Geografía del mito y la leyenda chilenos*, Santiago, Nascimento, 1973, p. 90.

<sup>30</sup> Plath, *Geografía del mito*, pp. 142-144. En realidad, el tabú y las desgracias que pueden abatirse sobre quien trabaje después de una hora determinada son motivos bien conocidos en otras tradiciones leyendísticas. Así, Ronald Grambo, en «Guilt and Punishment in Norwegian Legends», *Fabula*, 11 (1970), pp. 253-270, p. 261, señala que, en los campos noruegos, «cuando llega la noche se debía dejar de trabajar. La calma y el silencio debían reinar tanto en la granja como en los campos. Quienes no obedeciesen esta norma eran severamente castigados por las hadas. Se trataba de una regla muy importante. La prosperidad del rebaño dependía de la regularidad de los hábitos laborales de los granjeros, y todo estaba basado en este tipo de trabajo, porque la agricultura era muy primitiva y poco desarrollada. Había que hacer el trabajo de formas muy regladas, porque, si no, se creía que algo iría mal. Y una parte importante del ritmo de trabajo era el descanso. Al caer la tarde, todo trabajo debía concluir [...] Hay muchas historias sobre muchachas y otras personas que ignoraban estas reglas. Una solterona de Leira estaba cortando madera después de caer la tarde de un domingo. Mientras lo hacía, escuchó un grito: ¡No cortes madera! ¡No cortes madera! Pero ella continuó trabajando. Cuando terminó, emprendió el camino hacia casa, portando el hacha. En seguida se cortó con ella el pie, y estuvo muy enferma hasta mucho después de este incidente...» Sobre el tabú de los trabajos nocturnos, puede verse además Géza Róheim, «Saint Agatha and the Tuesday Woman», *Fire in the Dragon and Other Psychoanalytic Essays on Folklore*, ed. A. Dundes, Princeton, University Press, 1992, pp. 44-57.

recuperarlo, encontró la muerte al caer al mismo depósito de su rapiña<sup>31</sup>. Por fin, una hermosa leyenda cubana –una más entre muchas que podríamos citar– relata cómo dos grupos de piratas se matan entre sí por conseguir un tesoro que resulta funesto para todos<sup>32</sup>.

El repertorio de leyendas y de creencias en *Tesoros malditos* podría alargarse *ad infinitum*. No me cabe la menor duda de que cualquier lector podría ser perfectamente capaz de añadir a esta lista más obras literarias, más argumentos cinematográficos y más recuerdos extraídos de su memoria personal de sucesos vistos, oídos o leídos. Del mismo modo que también la vida real reflejada en las páginas de los periódicos podría añadir a esta lista innumerables disputas por tesoros fatales que destilan ambición y sangre. Hace no mucho causaba espanto en la región de Valencia

el llamado *crimen de los pozos*, en el que murieron asesinadas tres personas. Tres atracadores de bancos mataron a un compañero por no decirles dónde estaba el botín. Lo llevaron a un pozo en Alcàsser, lo torturaron y lo lanzaron, aún con vida, al vacío. Para rematarlo tiraron ramas y le prendieron fuego. Más tarde fueron a por la madre de éste que, al desconocer el paradero del botín, siguió la misma suerte de su hijo. Ya antes, dos miembros de la banda habían pegado un tiro a un hombre para robarle la pistola. Ocultaron el cuerpo en otro pozo...<sup>33</sup>.

Otro de estos sucesos reales y luctuosos tuvo hace poco a Italia como escenario:

Una pareja formada por Ivan Cella, de 42 años, y Cristiana Quaglia, de 29, llegó ayer a Roma, de la mano de la Interpol, después de una fuga sonada que les ha llevado a Albania, Brasil y Bolivia. Con ellos no han regresado a Italia, sin embargo, los 430 millones de pesetas que robaron en una oficina de Correos de Turín. Es una historia rocambolesca y con todos los ingredientes para provocar las pasiones entre la opinión pública:

---

<sup>31</sup> Soledad Serrano, *Rutas de leyendas. Una antología de historias y leyendas que las gentes cuentan por Guadalajara*, Guadalajara, Aache, 1997, pp. 47-48.

<sup>32</sup> Salvador Bueno, ed., *Leyendas cubanas*, La Habana, Letras Cubanas, 1996, pp. 257-259.

<sup>33</sup> F. Bono y A. Iríbar, «Ajustes de cuentas, camellos y dinero», *El País*, jueves 21 de agosto de 1997, p. 13.

sangre, amor y dinero. Iván Cella, ex propietario de una cervecería, planificó y ejecutó con otros tres compañeros el golpe perfecto a la oficina de Correos de Turín. El 26 de junio de 1996, junto a Domenico Conte, responsable del transporte de valores de la oficina; Giuliano Guerzoni, conductor del furgón blindado, y Enrico Ughini, ex empleado de Correos, dieron el golpe. Conseguían así 2.000 millones de liras en metálico y 3.000 en cheques; en total, un botín de 430 millones de pesetas. Giuliano y Enrico, sin embargo, no tuvieron suerte. Sus cadáveres aparecieron 15 días después cerca de la casa de Conte. Éste fue detenido por robo y homicidio, mientras Cella fue puesto en libertad después de ser interrogado. Así pudo poner pies en polvorosa, junto a su novia, ahora acusada de encubrimiento. Ambos huyeron a Albania. En diciembre, las autoridades albanesas los detuvieron a instancias de Italia...<sup>34</sup>

¿Qué explicación puede tener el hecho de que la ambición y el crimen se empeñen en reanimar en tantas culturas, en tantos lugares y en tantos tiempos este universal e interminable drama de *El tesoro maldito*? ¿El *gen egoísta*, invasor e insolidario que, según el etólogo Richard Dawkins, orienta la conducta de todos los animales, incluido el hombre<sup>35</sup>? ¿La neurosis destructiva inseparable del ser humano que estudió el psicólogo Erich Fromm en su atroz análisis sobre *The anatomy of human destructiveness* (*La anatomía de la destructividad humana*)<sup>36</sup>? ¿El influjo corruptor de la sociedad sobre el individuo naturalmente bueno que ha sido denunciado desde la época de Rousseau? ¿La lobreguez del alma, del cuerpo, de la sociedad y de la historia denunciada por filósofos radicalmente pesimistas como Cioran?

No está, por supuesto, a nuestro alcance, llegar a ninguna conclusión definitiva sobre tales cuestiones. Pero el mero hecho de que al final hayamos llegado a planteárnoslas vuelve a demostrar, una vez más, la profundísima raíz psíquica e ideológica y la impresionante proyección sociocultural e histórica de *El tesoro maldito*. Llegados a este punto, poco importa discernir si es un auténtico hiper-relato o si se queda en un simulacro. Es, simplemente, «una» historia interminable, aunque no podamos saber si es «la» historia interminable que acaba cruzándose en el empedrado de

---

<sup>34</sup> «La Interpol frustra la fuga de una pareja italiana acusada de un golpe millonario», *El País*, domingo, 31 de agosto de 1997, p. 5.

<sup>35</sup> Su libro, *The selfish gene*, traducido al español como *El gen egoísta*, ha sido publicado en Barcelona en 1994 por la editorial Salvat.

<sup>36</sup> La versión original del libro se publicó en Nueva York en 1973.

motivos de todas las demás historias. Su sombra es, en cualquier caso, terrible no por lo extensa sino por lo oscura. Y su drama se siente, más que en la etiqueta filológica que le pongamos, en el golpe que acusan las conciencias cuando se traduce en noticias de prensa como la que anuncia que «al menos cuarenta personas murieron ayer por el derrumbe de una ladera en una mina aurífera boliviana»<sup>37</sup>. O cuando escuchamos los acordes de sus universales expresiones literarias, sobre todo si adquieren tonos tan patéticos como los de la bellísima silva *Al que cavaba una mina* de Quevedo:

- 35    ¿Qué fatigas la tierra?  
Deja en paz los secretos de la sierra  
a quien defiende apenas su hondura.  
¿No ves que a un mismo tiempo estás abriendo  
al metal puerta, y a ti sepultura?
- 40    ¿Piensa[s] (y es un engaño vergonzoso)  
que le hurtas riqueza al indio suelo?  
¿Oro llamas al que es dulce desvelo  
y peligro precioso,  
rubia tierra, pobreza disfrazada
- 45    y ponzoña dorada?  
¡Ay, no llesves contigo  
metal de la quietud siempre enemigo!
- .....
- Deja (no caves más) el metal fiero;  
ve que sacas consuelo a tu heredero;  
ve que buscas riquezas, si se advierte,  
para premiar deseos de tu muerte.
- 80    Sacas, ¡ay!, un tirano de tu sueño;  
un polvo que después será tu dueño,  
y en cada grano sacas dos millones  
de envidiosos, cuidados y ladrones<sup>38</sup>.

---

<sup>37</sup> «40 personas mueren sepultadas por un derrumbe en una mina boliviana», *El País*, jueves 12 de febrero de 1998, p. 7.

<sup>38</sup> Sobre esta silva, puede verse Quevedo, *Cinco Silvas*, ed. María del Carmen Rocha de Sigler, Salamanca, Universidad, 1994, pp. 159-192.